

PRÓLOGO

DESDE LOS PRIMEROS AÑOS de la colonia hasta el presente, la universidad pública jugó un papel fundamental a lo largo de toda la historia de América Latina y el Caribe. La Universidad Autónoma de Santo Domingo fue creada en 1538 en lo que hoy es la República Dominicana, casi exactamente un siglo antes de que los peregrinos fundaran la Universidad de Harvard a orillas del Río Charles, en Massachusetts. En 1551 nació lo que con el paso del tiempo se convertiría en la UNAM, en la Ciudad de México, y la Universidad Mayor de San Marcos, en Lima. Por ello nuestras universidades son una referencia inevitable en cualquier tentativa de comprender el itinerario histórico por el que transitaron nuestros pueblos. Sería difícil encontrar un evento o un hecho principal de la historia latinoamericana sin notar en él las huellas de la universidad. Muchos universitarios desempeñaron un papel de extraordinaria importancia durante las guerras de la independencia y, posteriormente, en el laborioso proceso de constitución de los incipientes estados nacionales. A comienzos del siglo XX, una formidable rebelión contra el orden oligárquico estalla con la Reforma Universitaria de Córdoba en 1918, la cual inflamó las conciencias de las crecientes clases medias y los sectores populares en todo el continente, generando importantes cambios sociales, económicos y políticos en casi todos los países de la región.

Sin embargo, una persistente y extraordinaria gravitación no siempre garantiza una fecunda y vibrante actualidad, y en el caso de las

universidades esta verdad es más cierta que nunca. El panorama crítico que en general caracteriza a las universidades en todo el mundo –si bien con matices muy diferentes– se agrava ante las inéditas amenazas que se desprenden de la globalización neoliberal. Examinar cuidadosamente esta situación es el objetivo que se propuso el profesor Francisco López Segrera al dictar en el Campus Virtual de CLACSO el curso cuya versión impresa entregamos hoy a la consideración de nuestros lectores.

Las universidades, instituciones surgidas en el apogeo del orden medieval y que, como asegura Boaventura de Sousa Santos, conservan hasta el día de hoy algunos de los rasgos que las acompañaron desde sus orígenes, se enfrentan hoy a una crisis de tal magnitud que, para ser resuelta, más que una reforma requiere una verdadera revolución. Una reforma que conserve lo esencial de las viejas, anquilosadas estructuras de la universidad, mientras moderniza ciertos aspectos de las mismas, no hará sino acelerar su ocaso definitivo. Lo que se requiere es una auténtica revolución universitaria, en consonancia con la que está en curso en todas las ramas del saber. Sería un disparate suponer que, ante esta inédita “revolución permanente” en el campo del conocimiento –en algunas de cuyas ramas, sobre todo en las nuevas ciencias y las ingenierías, los avances de hoy se convierten en antiguallas a los pocos meses y la innovación se mide por semanas–, las estructuras institucionales que deben sostener el vertiginoso desenfreno de un conocimiento que se actualiza día a día podrían adecuarse a sus nuevas responsabilidades con cautelosos programas de reforma. El hiato entre el desarrollo de las fuerzas productivas del nuevo conocimiento científico y las anquilosadas relaciones de producción, coaguladas en las estructuras universitarias, terminaría haciendo que estas últimas salten por el aire para desaparecer definitivamente de la escena del conocimiento.

De ahí la importancia de este libro, donde se ofrece una visión de conjunto de la problemática universitaria a escala internacional. El diagnóstico al que puede arribar un lector atento es que las estructuras universitarias han sido conmovidas hasta sus cimientos, por una parte, por los cambios precipitados por la revolución científico-técnica desencadenada en la segunda mitad del siglo XX; por la otra, por los impactos y consecuencias de una serie de “contrarreformas” que, producto del fundamentalismo neoliberal que se apodera de la región desde finales de los años ochenta, debilitaron radicalmente a nuestras universidades.

Sin pretender encarar un examen exhaustivo en este prólogo, cosa que el autor de este libro hace con gran idoneidad a lo largo del texto, no quisiéramos dejar de señalar la que a nuestro juicio es la amenaza más seria que, a la fecha, se cierne sobre las universidades públicas de la región: el lento pero sostenido progreso del Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios (GATS, por sus siglas en inglés) impulsado por el

gobierno de Estados Unidos en los más diversos foros internacionales, desde la UNESCO hasta la Organización Mundial del Comercio (OMC), el cual le otorgaría rango constitucional a la ya bastante irreversible mercantilización sufrida por la educación superior en América Latina en los últimos años, proceso este que transcurrió por la doble vía del avance de las universidades privadas y el arancelamiento de las universidades públicas. El GATS es un conjunto de reglas multilaterales que regulan el comercio de servicios a escala planetaria. En previos acuerdos comerciales internacionales, el objeto de la normativa se circunscribía a bienes y productos, pero no a los servicios. El creciente papel de estos últimos en la economía global, íntimamente asociada a la “financiarización” del capitalismo contemporáneo, precipitó la introducción de nuevos marcos normativos concebidos para garantizar la más irrestricta liberalización y la desregulación de las transacciones financieras y bancarias. El predominio ideológico y político del neoliberalismo, unido a la fuerte presión ejercida por la Casa Blanca, ha terminado por incluir a la educación como uno de los doce “sectores de servicios” a ser liberalizados y desregulados, junto con, por ejemplo, las comunicaciones, el transporte, las finanzas, el turismo y la salud.

Avanzando en el proyecto de mercantilizar el conjunto de la vida social, el GATS considera a la educación en todos sus niveles –desde los jardines preescolares hasta la educación superior de posgrado, la educación para adultos y cualquier otro programa educativo– como un servicio cuyas condiciones de producción y comercialización no pueden ser distintas de las establecidas por el neoliberalismo global para cualquier otro tipo de mercancía. De ahí que, en el marco del GATS, Washington plantee que no hay razón alguna para hacer una excepción con la educación. Si la iniciativa estadounidense culminara exitosamente –cosa que está por verse, debido a las fuertes resistencias que ha despertado inclusive en otros países del capitalismo avanzado–, los países integrantes de la OMC estarían legalmente obligados a abolir, en un breve plazo, la totalidad de sus normas, leyes, regulaciones y prácticas consuetudinarias emitidas o toleradas por los gobiernos nacionales, regionales y locales, que pudieran interferir con el libre comercio internacional de los “servicios educativos”. Esto implica, entre otras cosas, que la legislación nacional debería garantizar un trato igualitario a todas las instituciones educativas, sin importar si son entidades nacionales o extranjeras; establecer límites al financiamiento de las universidades públicas (porque este implicaría, como el proteccionismo, una práctica de competencia desleal con las extranjeras); combatir los monopolios que pudieran existir en el sistema educativo y establecer procedimientos de resolución de disputas en manos de tribunales internacionales. Es evidente que se trata de establecer, con toda la fuerza de un tratado internacional, la irreversibilidad de las políticas que en los últimos años

abrieron el camino para la privatización de los sistemas universitarios de América Latina.

El impacto de esta inédita mercantilización de la educación sobre los sistemas educativos de la periferia es fácil de discernir. Habría asimismo un extraordinario reforzamiento del control imperial sobre escuelas, colegios y universidades de los países periféricos, que alcanzaría límites inimaginables hasta hace pocos años. Si se concibe la educación como un negocio –aparte de como un mecanismo de control ideológico–, y si se supone que los negocios están para dar ganancias, cualquier consideración en torno a temas tales como la excelencia académica, la responsabilidad del sistema educativo en la formación de la ciudadanía y los grupos dirigentes y la misión de la universidad como espejo crítico de la sociedad está completamente fuera de lugar. Bajo la égida del neoliberalismo, las mayores instituciones de la sociedad moderna, la familia, la escuela, la universidad, los sindicatos, los partidos políticos, entre muchas otras, fueron rediseñadas para ser convertidas en obedientes sirvientes de la lógica del mercado, a un precio exorbitante. Hay que decir, sin embargo, que esta tendencia no deja de tropezar con fuertes resistencias; pero, incluso para estudiosos como Pablo González Casanova y Boaventura de Sousa Santos, el futuro mismo de la universidad está en juego, y las perspectivas no son precisamente alentadoras.

Este libro se adentra audazmente en esta problemática. Nos ayudará a formular un mejor diagnóstico de la situación actual de la universidad latinoamericana y, confiamos, a adoptar estrategias adecuadas de resistencia y renovación. Si llegara a triunfar el proyecto privatista-mercantilista impulsado por el imperialismo, se asestaría un durísimo golpe a las perspectivas de autodeterminación nacional y soberanía popular de nuestros países, al colocar bajo su control –a través de la OMC y del GATS– nada menos que la formación de nuestras futuras camadas de dirigentes, intelectuales, científicos y profesionales, y al redefinir el papel de las universidades, tanto públicas como privadas, en función de la lógica y las necesidades de los mercados en desmedro de la nación.

Atilio A. Boron
Buenos Aires, septiembre de 2006